



# ESGANDALOSAS

80 mujeres de armas tomar

SUSANA PEIRÓ



EDICIONES  
CASIOPEA

# ESCANDALOSAS

80 mujeres de armas tomar

SUSANA PEIRÓ



EDICIONES  
CASIOPEA

Escandalosas, 80 mujeres de armas tomar

© Susana Peiró, 2018

ISBN: 978-84-949354-9-7

Imagen de cubierta: Gloria Swanson, fotógrafo Daniel Blum

Maquetación: Diana Fernández Tascón

Reservados todos los derechos.

**"...y que no temieran"  
(*And ne forhtedon na*)**

Parte de un antiguo poema que conmemora la batalla de Maldon en el 991, una  
arenga antes de entrar en batalla.  
Palabras que figuran en la tumba de Jorge Luis Borges.

***"Brynhild, caminas como si quisieras que entre los dos  
hubiera una espada en el lecho"***

Borges

# Presentación

Son Escandalosas, 80 Mujeres de armas tomar que desafiaron los convencionalismos, se saltaron a la torera las normas, los impedimentos, escandalizaron, provocaron, entusiasmaron, enamoraron, sedujeron... mujeres unidas por un mismo denominador: la osadía.

Son 80 artículos, miradas, instantáneas de mujeres que no nacieron, se hicieron a sí mismas singulares y diversas. La meretriz poeta, la sultana, la sufí, la samurái, la *cherokee*, la escritora budista que creó su propio monje fantasma, la estafadora del siglo, la asesina serial, la profetisa, la hiena de la Gestapo, la impostora histrionisa, la descarriada, la vengadora que se convirtió en santa, la perra filósofa y primera feminista de la historia, la mesalina, la avara, la exploradora que vivió entre caníbales, la monja lesbiana, la diosa de la noche, la científica desnuda, la espía que se amó, la vikinga, la espiritista, la travesti, la detective, la reina barbuda, la guerrera...

Son 80 serendipias, encuentros casuales y por momentos coloridos con féminas que lograron ser "ellas mismas", sin pensar en los juicios de la gente ni el alboroto a su alrededor, forzando los extremos, en muchos casos, hasta llegar a polémicas incendiarias que duran hasta la actualidad.

Son, también, 80 invitaciones a la investigación sobre estas mujeres con historia y esas muchas, muchas otras vidas femeninas que aún esperan ocupar el lugar que les corresponde, para bien y mal y siempre por derecho propio, en la memoria de la humanidad.

Susana Peiró, octubre 2018

# Índice

- [1. Aimée Crocker.](#)
- [2. Alexandra David-Néel y su monje fantasma.](#)
- [3. Alla Nazimova y el Círculo de Costura.](#)
- [4. Anaïs Nin, una mujer sensual.](#)
- [5. Anita Berber, Göttin der Nacht.](#)
- [6. Anne Lister y sus diarios secretos.](#)
- [7. Atotoztli II, la reina azteca.](#)
- [8. Ayn Rand, la egoista.](#)
- [9. Belle Gunness, asesina en serie.](#)
- [10. Bertha Benz, Die heimliche Fahrt.](#)
- [11. Betty Pack, Licence to Love.](#)
- [12. Christine Keeler, Pretty Woman.](#)
- [13. Clara Immerwahr y el Veneno de Dios.](#)
- [14. Elena Ceaușescu.](#)
- [15. Evelyn Nesbit, la primer Top Model.](#)
- [16. Florence Leontine Lowe ó Florence Lowe Pancho Barnes.](#)
- [17. Frances Farmer, el fuego.](#)
- [18. George Sand.](#)
- [19. Gerda Taro.](#)
- [20. Gloria Swanson.](#)
- [21. Gudrid, la Vikinga \(Gudrid Þorbjarnardóttir\).](#)
- [22. Hannah Arendt, la discípula.](#)
- [23. Haseki Hürrem, la Sultana.](#)
- [24. Hatshepsut Jenemetamón, la reina barbuda.](#)

- [25. Hedy Lamarr, la inteligencia desnuda.](#)
- [26. Henriette Caillaux y el «Crimen Perfecto».](#)
- [27. Hetty Green, la avara.](#)
- [28. Hiparquía de Maronea.](#)
- [29. Jacqueline Susann.](#)
- [30. Jerrie Cobb y las «Mercury 13».](#)
- [31. Kate Warne, el sabueso de los Pinkerton.](#)
- [32. Katie Sandwina, the Iron Woman.](#)
- [33. Kitty Schmidt, la Madama.](#)
- [34. Krystyna Skarbek, al Servicio Secreto de su Majestad.](#)
- [35. La "Agente 355".](#)
- [36. La encantadora de números- Ada Byron.](#)
- [37. La Emperatriz Wu Zetian y el próximo Buda... una Mujer.](#)
- [38. Lady Jennie Spencer-Churchill, la Pantera.](#)
- [39. Lady Montagu.](#)
- [40. Las "Radium Girls" y el asesino radioactivo.](#)
- [41. Las Espiritistas: Maggie y Kate Fox.](#)
- [42. Las Flappers.](#)
- [43. Las Impostoras I: Mary Carleton.](#)
- [44. Las Impostoras II: Mary Baker.](#)
- [45. Las Piratas.](#)
- [46. Margaret Moth.](#)
- [47. María Bochkareva, los batallones femeninos de la muerte.](#)
- [48. Maria Luisa de Austria, la percanta que amuró a](#)



Napoleón.

49. María Teresa de las Mercedes Wilms Montt.

50. Marie Bonaparte y el psicoanálisis.

51. Marina Tsvietáieva.

52. Mary Kingsley, la exploradora.

53. Maud Gonne y su Poeta.

54. Murasaki Shikibu y el Genji Monogatari.

55. Nachthexen, las Brujas de la Noche.

56. Nancy Astor, The Femme MP.

57. Nancy Cunard, la indignada.

58. Nancy Wake, Ratón Blanco.

59. Nancy Ward, la cherokee.

60. Olga de Kiev, la vengadora.

61. Peggy Guggenheim, la moderna.

62. Rabi'a al-Adawiyya, la sufí.

63. Reclutada por la KGB- África de las Heras  
Gavilán.

64. Sor Benedetta Carlini.

65. Stella Walsh, The Lost Identity.

66. Stephanie Julianne von Hohenlohe, la espía del  
Führer.

67. Suzanne Valadon.

68. Tamara.

69. Téano de Crotone y las Pitagóricas.

70. Thérèse Humbert, la estafadora del siglo.

71. Tomoe Gozen.

72. Triệu Thị Trinh, la guerrera y santa vietnamita.

73. Ursula Sontheil, la profetisa.

74. Valeria Mesalina.

75. Verónica Franco.

76. Victoria Claflin Woodhull.

77. Violette Morris, la campeona.

78. Virginia Oldoini, condesa de Castiglione.

79. Yang Huanyi, la última palabra.

80. Zofia Nalkowska, la "przyjaciółka" de Schulz y Gombrowicz.

# Aimée Crocker

A fines del siglo XIX, en Estados Unidos, el escándalo tenía nombre de mujer. Tatuajes, pelo púrpura, una boa en el cuello, fiestas extravagantes, perlas, Budas, una abarrotada colección de maridos y amantes, aventuras en los confines del mundo y todo lo que el dinero podía comprar se mostraban en la vidriera de su vida y en los titulares de los diarios. Con el mundo a sus pies y una herencia de doscientos cincuenta millones de dólares en la cartera, Aimée Crocker celebró su buena fortuna saltándose a la torera todas las convenciones y escribiendo su *Y lo haría de nuevo*, por si alguien se atrevía a dudar.

\*\*\*

Toda la infancia de Aimée parece detenida en ese 1875, cuando su padre, el magnate Crocker, uno de los *cuatro grandes* del Ferrocarril Pacífico Central partió de este mundo dejando a sus hijos una inmensa riqueza y convirtiendo a la niña de once años en millonaria. A partir de ese momento, el bello retoño de esa familia acaudalada, no se enteraría jamás del precio del pan y se alejaría para siempre de las preocupaciones de los simples mortales.

Los planes para la heredera incluían formación cultural en el extranjero y un buen marido con título nobiliario y sólida fortuna, que mantuviera a distancia a los aventureros y buscavidas. La primera

parte del proyecto familiar anduvo sobre rieles y Aimée consiguió terminar sus estudios en Alemania; los problemas comenzaron cuando la madre le impuso el compromiso con un príncipe alemán bigotudo que ya pintaba canas. La joven despachó al noble rápidamente y se fue de parranda con un torero español, dejando claro quién controlaba su vida y la aventura.

Antes de los veinte años, Crocker ya había estrenado su primer marido y también sus primeros escándalos matrimoniales y para sacudirse el conflictivo divorcio y la mala onda, emprendió un relajante viaje por el lejano Oriente. Su primera escala fue en Hawái donde, recordaría luego en sus memorias, el rey Kalākaua se enamoró perdidamente de sus ojos, tanto que le regaló una de sus islas y también un título oficial: princesa Palaikalani, «la dicha del cielo». La dicha como tal no duró demasiado y después de algunos meses de practicar el *hula-hula* y tomar románticos baños de luna, Crocker se aburrió, plantó al monarca y siguió viaje al otro lado del mundo.

Había conseguido un compañero de correrías, Gillig, mezcla de prestidigitador, cantante de ópera y marino, y a veces con él y otras veces sola, Aimée se embarcó en las hilarantes aventuras que cuenta en su autobiografía, incluyendo un escape cinematográfico en Borneo, la vez que quisieron envenenarla en Hong Kong o asesinarla en Shangai, sus tres semanas completas en el harén del maharajá Bhurlana... Lugares exóticos y personajes de novela: un tipo medio salvaje de las islas Sandwich, un joven oficial inglés de Oxford, un barón japonés, un príncipe chino, un cazador de cabezas dyak parcialmente domesticado que la raptó en la jungla... De todos sus relatos quizás el más sentido sea el referido a su estancia en una cueva en Pune, Maharashtra, donde habría experimentado el *kaivalya* con sus maestros de yoga. Aimée, que siempre había tenido una vena mística, abrazó el budismo con pasión y se lo llevó a casa junto con un violín chino y una boa constrictor de treinta kilos.

De vuelta en Nueva York, y sin tiempo que perder, transformó todo su piso de la calle 56 con la decoración típica de Oriente y abrió

un templo budista para sí misma y todas sus amistades. Estaba convencida de que ella, nacida y criada en Estados Unidos, era la única que había sabido conjugar el misticismo de Oriente con el materialismo práctico del mundo occidental. Sus veladas con extraños ritos, humaredas y serpientes dando vueltas espantaron a varios de sus invitados, provocaron el desmayo de otros y la convirtieron en una excéntrica nacional.

Crocker siguió alimentando titulares en los diarios con sus romances, sus matrimonios —cinco en el mundo occidental y al menos una decena «bajo otras leyes»—, sus hijos, siempre expuestos a la prensa, y sus carismáticos amigos, como el tenor italiano Enrico Caruso. De vez en cuando se reunía con Oscar Wilde y jugaban a ver quién de los dos era capaz de beber más, aunque el escritor irlandés perdía siempre la apuesta.

Lujo asiático, estilo de vida frenético y lascivo y su amistad con artistas, maharajás, senadores y bailarinas de Broadway le valieron el título de Reina de la Bohemia. Después de revolucionar la Gran Manzana, Crocker vivió en París por varios años, casándose y divorciándose de príncipes rusos y hombres mucho más jóvenes que ella. ¿Su secreto? Ella misma lo explicó: «Hace mucho tiempo descubrí el secreto de la eterna juventud, y es por eso que hoy me siento tan joven como hace años». Y también: «El amor, tanto como la juventud, es una cuestión de ondas invisibles. Dos amantes perfectos deben vibrar en la misma frecuencia de ondas. Mi entrenamiento me ha enseñado cómo aumentar o disminuir la longitud de ondas de mis emociones para que se correspondan con las de mis admiradores, y esto explica por qué los hombres se han enamorado de mí tan fácilmente».

Aimée Crocker falleció el 7 de febrero de 1941, aunque no sabemos cuándo volvió a nacer según su doctrina budista de la reencarnación. Acaso aún esté entre nosotros, viviendo la vida loca y con historias delirantes para contar. Después de todo, ella avisó que lo *haría de nuevo* y ¿quién se anima a dudar?

# Alexandra David-Néel y su monje fantasma

A principios del siglo xx se rumoreaba que, más allá de los Himalayas, había un reino oculto donde los puros de corazón vivían en la serenidad y unos sabios lamas cuidaban el bienestar espiritual de sus hijos. El mítico lugar, con sus fronteras cerradas a los extranjeros, marcaba una línea divisoria entre los viajeros-exploradores europeos, atraídos por el misterio, y los tibetanos, desconcertados ante esas gentes empecinadas en ir donde no los querían. Sin embargo, en 1924 una francesa pequeña, de cincuenta y cinco años, con la cara tiznada de hollín y disfrazada de peregrina mendicante, desafió los desfiladeros de cinco mil metros de altura, los osos y tigres, el hambre y el frío, caminó miles de kilómetros sobre hielo y finalmente puso sus pies en la «ciudad prohibida» de Lhasa.

\*\*\*

Alexandra David-Néel cambió para siempre la percepción de los occidentales sobre el Tíbet y su gente. Sus dos libros más populares, *My Journey to Lhasa* (1927) y *Magic and mystery in Tibet* (1929), escritos antes de la invasión china, son el retrato minucioso de esa tierra en la que fue un miembro más de la sociedad. David-Néel creía firmemente que vivir entre la gente era la única manera de comprender sus vidas.

Sus observaciones sobre las rutinas cotidianas, las prácticas

monásticas, los rituales religiosos y la geografía, abrieron una puerta al pensamiento oriental y despertaron interés mundial sobre el Tíbet como país, los tibetanos como un grupo étnico único y los preceptos budistas como un modo de vida<sup>1</sup>.

Tuvo el privilegio de ser enseñada por ilustres yoguis y vivir por semanas en sus cuevas de anacoretas a cuatro mil metros de altura, practicando la técnica del *tummo*, que permite movilizar la energía interna para producir calor. Como resultado de esa experiencia recibió el nombre religioso de Yéshé Tömé, «Lámpara de Sabiduría», que le daría reconocimiento por parte de las autoridades budistas en todos los lugares y le abriría las puertas de monasterios como el de Kumbum, donde pasó tres años de retiro espiritual.

Uno de los momentos más pintorescos durante su larga estancia en el techo del mundo fue cuando David-Néel puso en práctica las enseñanzas de un antiguo texto budista, el «Samaññaphala Sutta», sobre la capacidad de *crear* un cuerpo con la mente, como fruto de la vida contemplativa. El fenómeno llamado *sprul pa'* fue traducido por ella como «tulpa» y la llevó a realizar el curioso experimento que ella misma contó:

«Incrédula de ordinario, quise ensayar la experiencia yo misma y para no dejarme influir por las formas impresionantes de las deidades lamaístas, que tenía casi siempre ante mis ojos en cuadros y en estatuas, escogí un personaje insignificante, un lama pequeño, rechoncho, de tipo inocente y jovial. Al cabo de unos meses el buen hombre había tomado forma. Poco a poco se fijó y vino a ser una especie de comensal. No esperaba a que pensara en él para aparecer, sino que se dejaba ver en el momento en que mi espíritu, estaba ocupado en otra cosa. La ilusión era, sobre todo, visual, pero llegué a advertir como si la tela de su traje me rozase y a sentir la presión de una mano sobre mi hombro. En aquel momento no estaba encerrada, montaba a caballo todos los días, vivía bajo mi tienda y gozaba de excelente salud, según mi feliz costumbre.

» Gradualmente se operó un cambio en mi lama. Los rasgos que

le había adjudicado se modificaron: su cara, mofletuda, adelgazó y tomó una expresión vagamente burlona, perversa. Se volvió más inoportuno. En una palabra, se me escapaba. Un día, un pastor que me traía manteca, vio al fantasma y le tomó por un lama de carne y hueso.

» Debía de haber dejado que el fenómeno siguiese su curso, pero aquella presencia insólita empezaba a enervarme. Se convertía en una pesadilla. Me decidí a disipar una alucinación de la que no era plenamente dueña. Lo conseguí, pero después de seis meses de esfuerzo. Mi lama era tenaz para la vida».

Alexandra destruyó el engendro, aunque el real y obstinado ¿monje? ¿homúnculo? ¿golem? dio batalla hasta el final del proceso de desaparición: quería vivir. Quizás su autora, sin querer, le había traspasado algo de su propia naturaleza.

La escritora, feminista, anarquista, exploradora, budista, cantante de ópera, historiadora de religiones comparadas, orientalista, botánica aficionada, fotógrafa, educadora... y talentosa lingüista siguió estudiando y viviendo con su lema: «sigue tu corazón, aunque no siempre sea fácil, conveniente o socialmente aceptable». En sus 101 largos años de vida tomó todos los riesgos, incluso desafiar el statu quo de la Europa Occidental para cumplir con su sueño de vivir como una mujer independiente.

En el camino, fue la primera mujer occidental recibida por el decimocuarto dalái lama Tenzin Gyatso, quien reconoció años después el valioso legado de David-Néel. La vida cotidiana en el Tíbet de principios de siglo xx contada y fotografiada por la escritora, se había ido para siempre con la toma del poder de los comunistas en los años cincuenta.

Alexandra dejó la piel blanca junto a un legado de inmensa sabiduría un 8 de septiembre de 1969 y se llevó su *alma amarilla*<sup>2</sup> a otro Tíbet, más allá de las nubes y las nieves.



### **Notas de interés:**

*A los 100 años Alexandra David-Néel renovó su pasaporte, ante la sorpresa de los funcionarios de los Bajos Alpes. «Por si acaso, nunca se sabe», les dijo.*

*Fue distinguida por la Sociedad Geográfica de París con medalla de oro y en 1969 fue nombrada Caballero de la Legión de Honor.*

*En el Tíbet se le concedió el rango de lama.*

*En 1982 el 14° dalái lama visitó Samten-Dzong, la casa en Digne donde vivió la escritora, y le rindió homenaje.*

# Alla Nazimova y el Círculo de Costura

En 1918, la rusa Nazimova, que había conquistado Broadway con personajes encantadores como la inmensa Hedda Gabler de Ibsen, lady Macbeth, la Nora de *Casa de Muñecas* o la hermana Olga de Chéjov, dejaba atrás las luces de Nueva York y se dirigía a Hollywood.

En la pequeña ciudad, que comenzaba a recibir las principales compañías cinematográficas, la esperaban nuevos episodios de éxito como actriz y la oportunidad de realizar todas sus fantasías como mujer en el Jardín de Alla, donde por mucho tiempo funcionó el mítico Círculo de Costura.

\*\*\*

Nazimova hablaba poco de su pasado. De hecho, solo acudía a ese lugar en el tiempo para recordar los sentimientos que luego volcaba en los personajes, tal como le había enseñado el maestro Stanislavski. El resto, la familia desastrosa que le tocó en suerte, el padre maltratador, el hermano adoptivo que la violó cuando era casi una niña, las humillaciones de la madrastra y hasta esas calles de Moscú donde se prostituyó para pagar sus clases de teatro, quedaron sepultados en su memoria.

En este presente emocionante y vertiginoso, su carrera parecía no tener techo: había cerrado un jugoso contrato con la Metro Pictures, su inglés mejoraba y, en el colmo de las buenas noticias, había

encontrado su lugar en el mundo en el 8152 de Sunset Boulevard.

La regia casona, de doce habitaciones con suelos de teca, paredes interiores cubiertas de lienzos y elegantes acabados en nogal circasiano, era tan deslumbrante como los vergeles que la rodeaban y apenas verla, su propietaria la bautizó como el Jardín de Alla, en referencia a su propio nombre y a la entonces famosa novela británica *El Jardín de Alá*.

En este *jardín*, alrededor de la piscina con forma de mar Negro construida por Nazimova, florecerían muchas más violetas y lavandas que rosas.

Deslumbrantes damas de la edad dorada como Greta Garbo, Marlene Dietrich, Tallulah Bankhead, Natacha Rambova, Joan Crawford, Barbara Stanwyck, lesbianas y bisexuales, capaces de seducir a hombres y mujeres en la gran pantalla, salían de los armarios para entrar en el Jardín de Alla y disfrutar su sexualidad sin máscaras, sin engaños y en completa libertad.

Era el coto de caza de Mercedes Acosta, poetisa y dramaturga que seducía mujeres desde California hasta Europa; la fuente de inspiración para los sáficos poemas de Isadora Duncan; el lugar donde Stanwyck habría cautivado a su futura rival, Bette Davis, y el paraíso soñado para Nazimova y su amante Dorothy Wilde, sobrina de Oscar Wilde.

Fue precisamente en su jardín, y alentada por el Círculo de Costura, donde Alla escribió, financió, produjo, dirigió y se animó a protagonizar su gran tributo a Oscar Wilde con la adaptación de *Salomé* (1923), la gran obra vanguardista donde dio rienda suelta a su creatividad y exceso. El puritano público estadounidense, muy distinto al parisino o berlinés, no la entendió y el fracaso en la taquilla dejó a Nazimova al borde de la quiebra.

El Círculo de Costura —nombre caprichoso y probablemente hilvanado con ironía por alguna de sus integrantes— fue creciendo entre libaciones de vodka y los aromáticos cigarrillos árabes de la

atenta anfitriona. La existencia del grupo se mantenía en absoluto secreto, sobre todo porque las involucradas estaban atadas por contratos a las estrictas leyes de aquellos tiempos.

Fuera del jardín, lesbianismo y lesbianas eran palabras que se pronunciaban en voz baja y la industria del cine las prohibía como la entonces vigente ley seca al alcohol. Ligas de decencia y ligas de escándalo público se encargaban de mantener esas *depravaciones* lejos de la sociedad. Y muchos, incluyendo a Nazimova, tuvieron que optar por el casamiento con algún buen amigo en las mismas condiciones, en lo que se llamaron «matrimonios lavandas», para guardar las apariencias.

Hacia 1927, ya en bancarrota, Alla se vio obligada a vender su maravilloso jardín. Detrás de los muros y en cada rincón quedaron guardados para siempre los secretos, confidencias, lágrimas y risas de aquellas mujeres que amaban a las mujeres. Dice la leyenda que el Círculo de Costura no se disolvió en aquel momento y fue Marlene Dietrich quien tomó la posta y continuó *bordando* las reuniones lésbicas. Algo así debió suceder porque en 1932 la revista *Vanity Fair* publicó en su portada una foto de la Garbo y Dietrich con un pie que decía: «Dos miembros de un mismo club».

Alla regresó a Broadway y al teatro, siguió embrujando públicos con sus actuaciones y falleció de una trombosis arterial en Los Ángeles el 13 de julio de 1945.

En el cementerio de Forest Lawn, una sencilla lápida con la inscripción Nazimova señala su tumba. En ella nunca faltan las violetas, símbolo de Safo y Lesbos y recordatorio permanente del color de sus ojos.



Alla Nazimova, actriz y amante de mujeres.  
Imagen del anuncio para la película "The Red Lantern", en 1919.  
Metro Pictures Corporation.

# Anais Nin, una mujer sensual

Angela Anaïs Juana Antolina Rosa Edelmira Nin y Culmell logró esconderse a la vista de todos. A los once años comenzó a escribir un diario íntimo que acumuló más de treinta y cinco mil páginas y seis décadas de su vida. Allí fueron a parar la niña degradada, rechazada y abandonada por su padre, la joven católica que le temía al sexo, la *femme fatal*, la amante de Henry y June, la heroína feminista, la exploradora sexual, la artista, la mujer liberada, así como sus amantes, esposos, psicoanalistas, amigos, escritores...

Para muchos los diarios son «el primer retrato *real* de una artista como mujer», con trazo sincero, sin inhibiciones y a modo de búsqueda proustiana. Para otros, después de que los manuscritos fueran recortados y reescritos en su mayoría por la autora, son una obra de ficción. Lo probable es que este famoso registro de vida estuviera gobernado, con mano firme desde el primer momento, por Anaïs Nin, la escritora que nos legó una obra maestra.

«Este diario es mi kif, mi *haschish*, mi opio [...]. En lugar de escribir una novela, me tiendo con una pluma, este cuaderno y sueño [...]. El sueño es mi verdadera vida. Veo en él los ecos que me devuelven las únicas transfiguraciones que conservan lo maravilloso en toda su pureza. Fuera, toda la magia se pierde. Fuera, la vida revela sus imperfecciones».

\*\*\*

La hija del pianista y compositor cubano Joaquín Nin y Rosa Culmel nació en Neuilly-sur-Seine, Francia, en 1903. Pasó la mitad de su vida en España y Cuba y el resto en Estados Unidos.

De los pormenores de su vida se encargó ella misma, antes de que cualquier biógrafo se atreviera a inmiscuirse en su privacidad o tuviera intenciones de contarlos. Los diarios que comenzó a escribir en 1914 detallan el día a día de su infancia y juventud en Europa, la separación de sus padres, la mudanza junto a su madre y hermanos, primero a Barcelona y luego a Nueva York, el abandono del colegio a los quince años, sus comienzos como modelo de artistas.

En marzo de 1923, Nin se casó con su primer marido, Ian Hugo (Hugh Guiler), banquero y artista, y se mudó al bohemio París. Al año siguiente dio sus primeros pasos como bailarina de flamenco y tuvo su primer gran alegría como escritora: le publicaron *D. H. Lawrence: Un estudio poco profesional*, que había escrito en solo dieciséis días. Fue por esa época que Henry Miller y su esposa June, irrumpen en la vida de Anaïs y la inician en el voyerismo y el safismo.

Su demasiado tranquila vida matrimonial le permitió también explorar y estudiar profundamente el psicoanálisis con los afamados Allendy y Rank, que eventualmente se convertirían en amantes. Las sesiones con estos doctores freudianos la animaron a emprender uno de sus más polémicos libros *La casa del incesto*, donde vuelca la traumática relación con su padre.

«El erotismo es una de las bases del conocimiento de uno mismo, tan indispensable como la poesía».

Hacia 1939, cuando la guerra se aproximaba, Nin y su marido regresaron a Nueva York y la escritora se convirtió en la primera mujer que publicó relatos eróticos.

«Cualquier forma de amor que encuentres, vívelo. Libre o no libre, casado o soltero, heterosexual u homosexual, son aspectos que varían de cada persona. Hay quienes son más expansivos, capaces de varios amores. No creo que exista una única respuesta para todo el

mundo».

Las relaciones amorosas de Anaïs —al menos en su imaginación— llegaron a todos los extremos e incluso en épocas de estrechez económica, algunas narrativas pornográficas escritas en colaboración con su mejor amigo y amante, Henry Miller, llegaron a venderse a un coleccionista anónimo al precio de un dólar por página.

Para Anaïs 1955 fue un año en el que tuvo dos maridos: el viejo Ian Hugo, que soportaba estoicamente todos sus *affaires*, y el flamante Rupert Pole, su agente literario. Este último propició que en la década del sesenta una importante firma de Nueva York comenzara a publicar los diarios que, entre otros temas, enfocaron la atención pública en Nin y la registraron como una luchadora por la libertad y el reconocimiento de la mujer.

El mundo había cambiado y ya no era la autora oscura y escandalosa que se leía a hurtadillas en la cola del autobús. Había conseguido llegar a una nueva generación de estudiantes y feministas que la consideraban «la psicóloga más importante de las mujeres».

«A veces siento que tengo alrededor de diez millones de hijas», dijo en 1971 mientras daba conferencias en universidades y las frases de sus diarios y libros se repetían en muchos idiomas y latitudes.

¿Quién fue realmente la mujer detrás de la sensual Anaïs Nin? Probablemente nunca lo sabremos. Un cáncer uterino llevó a la tumba en 1977 a la única persona que podía responder a esta pregunta.



# Anita Berber, Göttin der Nacht

La noche caía en la expresionista Berlín de los años veinte, rebotante de los cafés, cabarés y locales nocturnos de dudosa reputación que pintara Kirchner<sup>3</sup>. En la Potsdamer Platz, una muchedumbre esquivaba el cruce de tranvías y se abría paso entre los coches tocando el claxon. Un *flâneur* a la caza del instante, el joven Brecht con el cigarro en los labios, soldados con el cuello de la camisa desabotonado, artistas, políticos, *cocottes*... todos querían ver de cerca a la mujer más famosa de Alemania.

Desnuda debajo del abrigo de marta, con un mono mascota colgando del cuello y su infaltable broche de plata repleto de cocaína, Anita Berber repartía sonrisas y frases descaradas, que solo una diosa podía permitirse. Su rostro estaba en todos los lados: en el escenario con sus celebraciones de «depravación, horror y éxtasis»; en los periódicos y revistas de entretenimiento y en la gran pantalla con la primera película de la historia que mostraba la homosexualidad en forma positiva. Bailarina, actriz, escritora y escandalosa de vocación, Anita Berber fue un símbolo de la Weimar decadente y libertina, diosa de una noche que aún no devenía en la más negra de las noches.

\*\*\*

La I Guerra Mundial había terminado. Cascos puntiagudos, horrores, penurias y vidas sesgadas eran cosas del pasado y Berlín, la

capital de Weimar, vivía un momento histórico excitante. Su gente se aferraba a la vida en todas sus manifestaciones; querían sentir el amor, el sexo, la belleza, la libertad para plasmar las más delirantes y postergadas fantasías.

Para muchos, la ciudad con su erotismo exacerbado, se había convertido en la Sodoma del siglo xx. Mientras la hiperinflación, el paro y la miseria hundían a gran parte de la población, la poderosa industria del ocio, *Unterhaltungsindustrie*, crecía aceleradamente en torno a la prensa, la radio y, sobre todo, el cine. Los teatros, clubes y cabarés se nutrían de la fecunda riqueza intelectual, el ambiente de efervescencia cultural y el auge de las vanguardias.

Los jóvenes se comportaban de manera indisciplinada, ya no sentían respeto alguno por sus mayores. Leían autores depravados como Dostoyevski, se fascinaban con la *Ópera de cuatro peniques* de Brecht y las puestas en escena de Pirandello, los pensamientos de Heidegger, el teatro expresionista de Wedekind o la poesía de Tucholsky. Fogosos y entusiasmados, los berlineses se habían lanzado a experimentar en el terreno del arte y, sobre todo, en el de la sexualidad y las relaciones poco convencionales. Era un paraíso hecho a la medida de la transgresora Anita Berber.

Había nacido en 1899, en la sajona Leipzig, que alguna vez fue escenario de batalla entre la Francia napoleónica y la coalición aliada de Prusia, Rusia, Austria y Suecia. Su padre, un reconocido violinista, y su madre, cantante de cabaret, se habían separado cuando Anita tenía unos pocos años y lo más parecido a un hogar que conoció fue la casa de su abuela en Dresde. La rígida disciplina y el ambiente severo y monacal, para los que la niña parecía vacunada, no hicieron otro efecto más que pronunciar los rasgos de su carácter. Era, y se sabía, un animal salvaje que no sería domesticado jamás.

Recién entrada en la adolescencia Anita tuvo dos maravillosos descubrimientos. El primero fue la danza, un arte que le permitió conectar con lo más profundo de su bravía naturaleza; el segundo fue el espejo, era hermosa sin discusión. Y así, muy segura de sí misma y

equipada con sus dotes naturales, un día la fierecilla escapó de la custodia familiar y salió a la vida por su cuenta.

Los primeros pasos en el mundo del espectáculo fueron desiguales y matizados por el hambre, la eventual falta de techo y el encuentro con personajes de todo tipo de los que aprendió el arte de sobrevivir. Hacia 1917 la bailarina había logrado adaptarse perfectamente a la jungla urbana y su carrera comenzaba a crecer.

En 1919 encontró al hombre-mayor-rico-complaciente con el que soñaban las muchachas de los umbrosos suburbios y se casó con él... dejando claro desde el primer momento que todo en ese matrimonio era negociable, excepto su libertad.

Anita era el tipo de mujer independiente que había surgido como un fenómeno en Berlín tras la I Guerra Mundial. Por primera vez en la historia comenzaba a verse como *legítimo* que la mujer tuviera sus propias fantasías y sus propias ideas acerca de la libertad sexual. La revolución femenina, un poco más sosegada en las trabajadoras de las fábricas y obreras en general, prendió con pasión en el mundillo de la bailarina. La consigna era desafiar límites, ir más allá de cualquier convención y, por supuesto, escandalizar —aún más— al universo masculino.

Padres, maridos y hermanos, funcionarios y fuerzas del orden en general que miraban con preocupación la emancipación de las mujeres, eran también los primeros en acudir, muchas veces de forma solapada, a los espectáculos donde todo estaba permitido y los tabúes no tenían lugar. Ese era el territorio de Anita Berber.

Lo suyo era el baile, donde alcanzó la mayor notoriedad con un estilo rupturista y transgresor que fascinaba al público. La gente respondía con aullidos a ese erotismo ostentoso, que incluía desnudos totales en el escenario. Muchos la adoraban, pero otros tantos la consideraban una Salomé, la encarnación de la perversidad. Anita disfrutaba de su reputación de chica mala y quiso demostrarlo con espectáculos cada vez más audaces y repletos de la imaginería

expresionista como *Suicidio, Morfina, Casa de Locos* o las famosas *Danzas de la depravación, horror y éxtasis*.

El cine expresionista, que ya fascinaba a toda Europa, también le brindó la oportunidad de mostrar la audacia que era su marca registrada. Participó incluso en *Anders als die Andern* («Diferente a los demás»), el film que marcó un hito para los homosexuales en 1919.

La sexual y sensual Anita Berber siempre iba a más, tanto sobre un escenario como en la vida privada; de hecho, nunca tuvo muy claro —ni quiso saber— los límites entre uno u otra. La palabra «límite» había sido erradicada de su diccionario apenas huyó del hogar.

Su segundo marido, con quien compartió el gusto por lo salvaje y la vía rápida, aceptó complacido la bisexualidad de la bailarina y también sus amistades. En el selecto círculo de Berber entraban célebres personajes de los bajos fondos: prostitutas, mafiosos, boxeadores... Sus relaciones lésbicas eran numerosas y públicamente conocidas, al igual que su irremediable adicción a la cocaína y a esa mezcla de morfina y coñac a la que era tan aficionada. ¿Amantes? Incontables. Su harem sexual incluyó —según se dice— a una jovencita Marlene Dietrich; a Magnus Hirschfeld, fundador de la sexología moderna y la liberación gay; a Klaus Mann, el niño terrible de Tomas Mann; a Conrad Veidt y hasta al rey de Yugoslavia. La leyenda cuenta que en una pelea, Anita insultó públicamente al monarca e incluso lo abofeteó. La osadía le habría costado unas seis semanas en la cárcel.

Cuando los berlineses, saciados de sus libidinosas travesuras y escándalos, se cansaron y pusieron la atención en otras figuras, Anita Berber se convirtió, según un artículo publicado en de la época, en «una carroña que hasta las hienas ignoraban». No hubo piedad en la despedida y Anita no la reclamó. Su gloria ya era pasado y el resto era eso que los comunes mortales llamaban vida, algo que nunca le interesó.

Cuando Otto Dix la retrató en 1925, la otrora Diosa de la Noche, había desaparecido de las tablas y los tabloides y hacía tiempo que los excesos habían comenzado a deteriorar física y mentalmente a la pelirroja. Envejecida, demacrada, vociferante, medio loca y perdida, tenía apenas 27 años cuando una tuberculosis la barrió de la escena de la vida, dos años después de posar para el famoso cuadro.

La mujer más escandalosa de la Alemania de los años 20, abanderada de la libertad y la desvergüenza, fue enterrada en un cementerio para pobres que, en el colmo de las desgracias, perdió sus restos en una inundación.

La noche de los tiempos, con sus luces mortecinas, se tragó la diosa, un ratito antes del ascenso de los nazis al poder.



Anita Berber, bailarina, actriz, escritora, transgresora por naturaleza y escandalosa de vocación del pasado. Imagen de F. Titzenthaler.